

TIEMPOS ANÓMALOS

Estamos inmersos, desde hace meses, en una realidad que sobrecoge y para la que nadie nos había preparado, si es que alguna vez, la humanidad, puede estarlo para afrontar lo que rompe la cotidianidad confortable que configura la existencia.

El que ahora hubiera sido un virus desconocido lo que nos empujó hacia la zona de la inseguridad, el miedo y el recelo, no era significativo, y si lo valoramos así, posiblemente se debió a que aún estábamos inmersos en esa experiencia distorsionante.

La verdad es que no aprendemos, por más que en los libros y en las narraciones orales que llegan hasta el presente se hable de que, cada cierto tiempo, inevitablemente, algo nos zarandeará a todos, nos mostrará cuán frágiles somos, aunque nos guste pensar que todo está controlado, que hay una sólida convicción de la capacidad para hacer frente a...; que estamos asentados sobre una plataforma firme y estable. Cada “cataclismo” obliga a repensar las teorías, y a poner en cuarentena las certezas. Solo siendo optimistas, presuponiendo que el pensamiento, la reflexión, el análisis, es una actividad universal que “toca” a cada individualidad, habrá alternativas. Ya es mucho presuponer, aunque no deseemos teñir con tonos oscuros lo que muchos aspiran a presentar con un bonito papel de celofán, con vistosos colores y, a ser posible, de tacto suave.

Es muy posible que, en sí mismo, el propio calificativo de anómalo ya esté distorsionando lo que pretende aludir, pues la historia no es sino una sucesión de tiempos anómalos, aunque cuando estos no nos exigen replantearnos nuestra conformidad y simpleza; ni nos molestamos en calificarlos y nos dejamos llevar por ese runruneo anestésico que se concreta en un simplemente estar, ir viendo pasar los días para no sentir la necesidad de decidir, de tomar opciones.

Tiempos anómalos podrían ser considerados todos si nos esforzamos en hacerlos únicos entendiendo la lección que cada uno de ellos nos da. Tal vez el lirismo es más difícil que se haga concreto desde esta percepción de la realidad, pero en los tiempos singulares, más que nunca, se imponen las prioridades, y estas no hacen referencia, de manera preferente, a las formas, sino a los contenidos, sobre todo a lo que apuntan e incitan. También desde la literatura, aunque esta se piense más fácilmente evasiva y destinada a elegir y armonizar metáforas más allá de lo palpable, que pensamos prosaico cuando no consigue levantar el vuelo y dejarse coger por esa pizca de magia, de luz, que hace parecer distinto cualquier detalle en el que pueda detenerse para traerlo al presente.